

## Relatos de María Paulina Briones

### Hambre/Faena

Y los corté en cubitos. Experiencia yo ya tenía de cocinar al lado de mi abuela y de mi madre que insistían en la perfección de la cebolla cortada en cuadrados, igual a mis perfectas cuentas a fin de mes, cuando miraba el techo como si ahí estuviera escondido el tesoro de la olla de los gnomos, al final del arcoiris. No pues, no había cómo no haberlo hecho tan bien... Y primero desangré cada parte, igual que a los pollos que se despluman y se cuelgan. Faenar, creo que le dicen. Sí digo que cuando estaba empezando me acordaba de cómo los habían traído hasta acá, no digo que no me acordara. Pero ya luego es que el trabajo se hacía mecánico. No sé cuántos recorté. Cuántos brazos, cuántas piernas, cuántos deditos de niños, esos sí que eran complicados, demasiado blanditos, pero se podía. Todo se puede. Lo de los cubitos no era nada de otro mundo, te diré. ¿Sabes cuántos comimos de ellos?

## Como un péndulo

*El aullido es una larga lengua morada  
que deja hormigas de espanto y licor de  
lirios.*

F.G.L.

El llanto empezaba a las cinco de la tarde todos los días. Tengo grabado ese berreo desquiciante que siempre trae el mismo episodio a mi cabeza. Claro que éramos todos unos niños. Éramos una pandilla que jugaba todas las tardes en el pequeño parque al final de la calle peatonal que daba al estero. Nos escondíamos, corríamos de una casa a otra, lanzábamos por los aires cualquier cosa que se interpusiera a nuestra velocidad. Éramos unos niños en un territorio distante porque después de esa peatonal ya no había nada. Al frente un cerro, más lejos, la cantera, y más todavía, los lugares de cacería. El camino se hacía de tierra y esporádicamente los montículos de basura mostraban que debía ser esa calle Sexta el fin del mundo. Al menos de nuestro pequeño y limitado mundo. El estero no estaba totalmente contaminado, pero sí terminaba abruptamente. Estrangulado empezaría a morir pronto; era cuestión de tiempo para que se convirtiera en un estanque maloliente y sin vegetación. Pero cuando éramos unos niños las iguanas corrían hacia el agua, y de vez en cuando las culebras se metían en nuestros patios.

Las casas de los Jardines del Salado estaban pegadas unas a otras. Mi hermano y yo creíamos que el armario era un teletransportador, pero además habíamos descubierto que si nos metíamos en ese clóset y nos quedábamos quietos y en silencio podíamos escuchar algo, un rumor de la conversación de los vecinos, que para ese tiempo se pusieron tristes y desorientados. La hermana mayor se hacía cargo de todo. Debía tener mi edad. Bañaba a sus hermanos, les preparaba la comida, los hacía estudiar. Es ahí cuando empezaba el llanto constante del menor que no quería obedecer. El padre se había marchado de la casa un tiempo antes y yo le preguntaba a mi madre a dónde estaba nuestro vecino. Ella me decía que se había ido de viaje, pero que volvería. Mi hermano y yo sabíamos que el padre de la casa contigua no estaba de viaje porque los dos compartíamos la complicidad y oscuridad del clóset. Espiábamos. Escuchábamos los sollozos de la madre por las noches, el berreo del más pequeño todas las tardes. La guerra cotidiana de una niña cuya obligación era ser madre y padre. ¡A la ducha!, gritaba Sophia. ¡A la ducha ya!, y el pequeño corría por la casa hasta que los llantos de súplica eran tan fuertes que mi hermano y yo no teníamos que meternos al clóset para escuchar. Parados, los tres: mi mamá, mi hermano y yo, en el corredor del segundo piso, nos quedábamos muy quietos, exhaustos y desarmados ante el desastre de la casa contigua.

Poco después eran los gritos de la madre que pedía explicaciones a todos los hijos. El pequeño siempre era el más reprendido porque era evidente que los estudios no eran de su predilección. A veces el gordito se quedaba pateando la pelota en la peatonal, mientras el guardia le decía: “Gordo, anda estudiar que si no hoy te vuelven a dar”. Pero nada, Miguel, parecía vivir en otra dimensión y esa pelota era su pasaporte para viajar. Así eran las tardes de mis vecinos. Antes eran los juegos, luego mi amiga ya no pudo salir más porque tenía obligaciones.

Los Jardines del Salado se extienden en mi memoria hasta escuchar el ruido de la cantera que todas las tardes hacía estallar piedra caliza. Las casas temblaban con la detonación, con el paso de camiones y con los gritos que eran cada vez más estruendosos.

Sophia necesitaba mantener el orden, dominar a sus hermanos, y no había otro método que los correazos. El pequeño era siempre el más golpeado. No porque fuera un niño malo; todos repetían que era vago. Una vez mi papá lo escuchó gritar con tanta desesperación y dolor que fue a tocar la puerta de al lado porque habíamos perdido el sueño después de advertir todo ese caos tan cercano. La verdad es que no hace falta mirar muy lejos para sentir el horror de la soledad y la tristeza, y mis vecinos eran la prueba de ello. Su casa se había vuelto lúgubre con la partida del padre y las ausencias de la madre. Y nosotros lo intuíamos. Era la primera vez que reparábamos en que una familia no andaba bien. Como dije, éramos unos niños, ¿qué podíamos saber del abandono y de la muerte?

A las cinco de la tarde como casi todos los días empezaron los berreos, pero esta vez duraron poco, y extrañamente ese día miércoles, todo se volvió silencioso prolongadamente. Un miércoles de ceniza, estoy casi segura. Cerca de las siete de la noche escuchamos un grito desgarrado, un alarido que nos despertó de una siesta tardía. Mi mamá se levantó de la cama y se paró frente al clóset. Yo me encontré con ella ahí. Luego me pidió que volviera a mi cuarto y después escuché que ella y mi papá salieron de la casa. Ya no sé qué hora era, pero los vi regresar muy agitados. Mi mamá se agarraba las manos y se las apretaba y cuando me vio parada frente a la escalera subió corriendo y me abrazó. ¿Qué edad teníamos? Creo que yo iba a la Secundaria. Fueron muchos años de llantos y gritos. Yo ya era grande. A veces me pregunto qué era ser grande.

Las imágenes se vuelven confusas no por el paso del tiempo sino por las emociones: mi madre vomita varias veces, mi padre llora; llora como un niño. Yo siento que me chocan los dientes como cuando se tiritita de frío; mi hermano que ya se ha despertado corre hasta el clóset y se encierra, pega su oído a la falsa pared, pero solo escucha un eco profundísimo. O, yo pego mi oído a la pared, mi hermano llora, mi mamá también llora y mi papá vomita... tal vez fue así, tal vez. Solo hay una cosa que no cambia en mi recuerdo, una sola cosa inmutable y definitiva: la escena del gordito colgado de una viga, oscilante todavía, amoratado. La libreta de calificaciones arrugada, hecha un bulluco, debajo de una cama. Su lengua, su pequeña lengua reseca, tan solitaria.